

JEN BERNAL
Insumergible



Besties

Books

Jen Bernal

Insumergible

Besties
BOOKS

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor.
La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías.
Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento.

En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Jennifer Bernal Quintana, 2024

© Editorial Planeta, S. A., 2024

Ediciones Martínez Roca, sello editorial de Editorial Planeta, S. A.

Avda. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

www.planetadelibros.com

Primera edición: enero de 2024

ISBN: 978-84-270-5202-4

Depósito legal: B. 21.821-2023

Preimpresión: MT Color & Diseño, S. L.

Impresión: Huertas; S. A.

Impreso en España / *Printed in Spain*

Espasa, en su deseo de mejorar sus publicaciones, agradecerá cualquier sugerencia que los lectores hagan al departamento editorial por correo electrónico: sugerencias@espasa.es



Hugo

Mi cuerpo, mi prisión

El despertador suena tan fuerte que parece que las paredes de la casa se tambalean con la misma intensidad que la vibración del móvil. Me asusto y, por un par de segundos, no sé dónde estoy. Me cuesta averiguar que se trata de mi cuarto. Es imposible que ya sea la hora de levantarse. Justo estaba soñando algo que acabo de olvidar y jamás sabré de qué se trataba. Qué rabia me dan los sueños que se quedan a medias. Cuando eso ocurre siento la imperiosa necesidad de conocer siempre el final, ver cómo ha transcurrido, qué ha sucedido... pero hoy no será así. Con legañas en los ojos, atisbo la hora exacta. Son apenas las ocho de la mañana. Aún no ha amanecido y ya estoy pensando en volver a la cama de nuevo. Calculo mentalmente cuánto falta aún para la noche y pierdo la cuenta en la decena. Demasiado. Qué pereza. Las sábanas me atrapan por completo, sobre todo en las vacaciones de invierno. No hay nada que disfrute más que el roce de mis pies descalzos con su suave textura. Porque sí, duermo sin calcetines. Sé que el mundo está di-

vidido entre los que no lo soportan y los que lo aman. Lo siento, pero las personas que no se los quitan para entrar a la cama, no son de fiar. No lo entiendo, ¿si es lo mejor que existe!

Hoy me espera una larga jornada de estudio y, sinceramente, preferiría tener otros planes. Estas Navidades no se presentan demasiado interesantes, no obstante, nunca está de más tener algo de tiempo libre para abrir cualquier plataforma y hacer un maratón de pelis, por supuesto navideñas, con un buen cartón de palomitas. Y si son dulces, entonces ya me derrito. Sin embargo, me temo que mi día no va a ser tan Pinterest como me gustaría. Primero de Bachillerato está absorbiendo todas mis energías y tengo que dar el máximo de mí para poder llegar a final de curso con las mejores notas posibles. Es eso u olvidarme de la carrera de mis sueños. Así que más me vale dejar las comedias románticas bajo el manto nevado de Nueva York para otro momento de mi vida.

Cuando al fin consigo despegarme del edredón y poner un pie en el suelo, me topo, como cada mañana, con el colosal espejo que ocupa la puerta izquierda de mi armario. Tras una mirada exhaustiva, la retiro y pongo todas mis fuerzas en alejar los ojos de mi reflejo en ese trozo de cristal, si bien ellos caminan solos de nuevo hasta el punto inicial. Vuelvo a estar frente a mí y, unos minutos después, permanezco en el mismo sitio. Inmóvil. Sin siquiera pestañear. No me reconozco. Mis fantasmas interiores se están apropiando de todo lo que no son dueños, absorbiéndome, y lo permito aun siendo consciente del peligro. Pero ¿cuál es la fórmula infalible para detener algo así?

Miro mi cuerpo y no soy yo. Siento que me estoy ahogando en las profundidades del océano y no encuentro la fuerza suficiente para resistirlo. Me desvisto lentamente abandonando mi cálido pijama y entro en pánico, algo ya

rutinario cada vez que me desnudo. Al mover la cabeza, un ligero mechón de mi corta melena se precipita al vacío y lo recojo con delicadeza detrás de mi oreja. Deslizo mis tímidas manos, primero, por la parte superior de mi tronco y, después, muy lentamente, casi con la respiración entrecortada, desciendo hasta mis partes íntimas. El corazón bombea más rápido de lo normal. Esto no me pertenece. No forma parte de mí. Me sobran y me faltan tantas cosas... ¿Quién soy? ¿Quién es esa persona que me observa a escasos centímetros?

Un suspiro alicaído se escapa entre mis dientes y cierro los ojos mirando al cielo. Esto debe cambiar. Seguir así es un infierno. Cada día es peor que el anterior y estoy a punto de explotar. No puedo más. Una vez leí que nuestro cuerpo debe ser un templo, no una cárcel, y ahora mismo me encuentro bastante alejado de rendirle culto a algo en lo que no tengo fe.

Creo que ha llegado el momento de dar un paso al frente, de sentirme libre, de poder aceptarme... De aquello que tanto he esperado y jamás me he atrevido a hacer. Mi imaginación divaga sobre lo que ansío tener, pero ¿es posible? Estos pensamientos no son nuevos para mí. Llevan años rondando en mi cabeza y, en realidad, creo que siempre han estado ahí, desde mi infancia, escondidos en lo más profundo de mi ser y ahora pegan martillazos para poder, por fin, mostrarse al mundo.

No quiero interpretar más papeles, como si de un actor se tratase, con nombres que no me corresponden. Necesito despojarme de quien no soy, porque así he crecido toda mi vida, siendo una persona domesticada para encajar en el molde de las galletas, pero ¿qué pasa si yo necesito la puta fuente del horno completa? ¿O, directamente, romper el molde? Hoy tengo más claro que nunca que no pienso renunciar a mis sueños, ni a mis gustos, ni a cómo

quiero vestir, ni a tener el físico que anhelo, ni a ponerme accesorios... Hoy tengo más claro que nunca que quiero vivir mi vida, no la de otra persona. Quiero salir de este pozo que, con seguridad, sí tiene fondo. Quiero hacerlo, aunque el resto me juzgue, me critique, se burle de mí o no me tenga en cuenta. Hoy tengo más claro que nunca que no soy Hugo, joder, no soy Hugo. Soy una mujer.

2

Hugo Ella

Coyo el móvil tan rápido como puedo y las notificaciones parecen una cascada caudalosa que no se detiene. Quizá debería desactivarlas porque esto se me está yendo de las manos. No me detengo a mirar ningún mensaje y llamo directamente a Aza. Intuyo, sin pensarlo demasiado, que estará despierta; sin embargo, con el primer pitido de la llamada caigo en la cuenta que quizá todavía sigue planchando la oreja. Seguramente, ayer se acostó tardísimo enganchada a la nueva serie de zombis de la que ahora el mundo entero habla, así que espero que no se enfade demasiado conmigo por molestarla. Cuando está a punto de saltar el buzón, una voz adormilada, ronca y mocososa se pronuncia.

—¿Sí? —pregunta desganada.

Río al otro lado de la línea. Me la imagino con la baba caída, la coleta medio deshecha de todas las vueltas que ha dado durante la noche, una pierna fuera del nórdico para equilibrar la temperatura y los calcetines perdidos por mitad de la cama. Efectivamente, es de esas personas

que duermen con ellos. No obstante, y a pesar de que sue-
ne hipócrita por mi parte, me ha demostrado que sí es de
fiar, aunque solo sea porque sé que durante la noche aca-
ba con los pies al aire libre. Definitivamente, la excepción
que confirma la regla. No, en serio. Es broma. Nunca he
dudado.

Sé que puedo confiar en ella.

Es increíble.

En todo.

—¿Aún sigues durmiendo? —le pregunto—. Bueno, no
sé de qué me sorprendo. Tenía la esperanza de encontrarte
disponible, aunque a la vez la certeza de que anoche te pa-
saste tres pueblos viendo más episodios de los que tenías
planeados. ¿Me equivoco? —Nos conocemos demasiado.

—Evidentemente, así fue. ¡Es que no sabes lo interesan-
te que se está poniendo! Ojalá algún día de estos tengas
tiempo, Don Ocupado, y veas al menos el capítulo piloto.
Sé que te va a encantar, de verdad, hazme caso. —Siento
cómo se alejan las palabras del altavoz, seguramente para
comprobar la hora—. ¿Las doce menos cuarto? ¡Mierda,
mierda! Me he dormido. No me ha debido de sonar la
alarma —se apresura preocupada.

—O más bien la has apagado sin darte cuenta. —Escu-
cho levantar la persiana de su habitación.

—Eso también es posible que haya pasado. Joder, que-
ría levantarme a las nueve para ponerme a estudiar y lue-
go tener un rato libre con los perros. —Se refiere a Nilo y
Pelusa, los dos amores de su vida. ¡Como para no serlo!
Son tan adorables... Llevan con ella, y en cierto modo con-
migo también, desde que teníamos cinco años. Me encan-
ta ir a su casa para poder abrazarlos y meter mis manos
entre sus grandes capas de pelo. Si en el futuro tengo mas-
cotas pido, como mínimo, que sean la mitad de achucha-
bles que ellos—. En fin, un día más no cumpliendo objeti-

vos. Bueno, ¿para qué me llamabas? ¿Qué quieres? —Casi se me había olvidado el propósito principal de la llamada.

Siento nervios y miedo. Mucho miedo. Pierdo el norte de la conversación, pero de repente vuelve a mi cabeza la razón por la que quiero hablar con ella antes que con nadie. Es Aza, mi mejor amiga, la persona con la que más me he abierto hasta el momento y la que mejor me conoce, comprende y apoya. Hemos crecido a la vez cumpliendo los mismos años incluso en el mismo mes. Nos han unido el mismo colegio, las mismas clases extraescolares, las mismas escasas amistades... Todo lo mismo, como si fuéramos gemelos sin serlo. Es de mi familia, a pesar de que no tengamos la misma sangre. Aun así, en mi interior existe ese temor de que si le cuento lo que estoy sintiendo nada volverá a ser como antes. Romper nuestra amistad no es una opción, aunque tampoco lo es ocultárselo porque entre nosotros jamás han tenido cabida los secretos. Ya hemos charlado en más ocasiones de esto, pero nunca hemos llegado a puerto. Hemos ido navegando entre tifones y tsunamis y quizá sea este el momento de soltar el ancla.

—¿Puedo ir a tu casa? Necesito hablar contigo en persona, aunque si tienes poco tiempo hoy lo dejamos para otro día. —Me intento convencer de que voy a estropear sus planes, cuando lo que ocurre es que estoy cagado. Con cada palabra que digo, el miedo se vuelve más grande, más incapacitante.

—El estudio tendrá que esperar. En diez minutos te quiero ver aquí. Mientras, voy a vestirme y me preparo rápido un Cola Cao bien frío —expresa inquieta.

* * *

Vivimos, literalmente, a dos manzanas de distancia. Doscientos veintisiete metros para ser exactos. Nuestras casas

hacen ambas esquina en la urbanización en la que vivimos. La vida nos juntó en este barrio cuando mis padres se mudaron aquí hace ya más de una década. Hemos tenido buenos, y no tan buenos, momentos en todos los rincones: nuestros paseos en bicicleta echando carreras para ver quién llegaba más rápido, las tardes de verano comiendo chuches en la acera, los helados que cogíamos a escondidas del congelador de casa, las quedadas diarias para ver cualquier serie de Disney Channel, el intercambio de cromos con las vecinas de nuestra edad, el primer beso de Aza con el chico de segundo que le gustaba... y los malos mejor nos los ahorramos. Guardo aquellos años con muchísimo cariño. ¿Y sabéis qué es lo mejor de los recuerdos? Que jamás nadie podrá robárnoslos, ni borrarlos, ni siquiera modificarlos. Son el puente entre lo que fuimos y lo que pretendemos ser. Da igual lo que cambie en nosotros porque seguiremos siendo hasta la muerte propietarios de nuestro tesoro máspreciado.

Estoy a escasos pasos de su *chalet* y siento pavor por la charla que estamos a punto de tener. En el fondo, sé que ella va a estar ahí, pero ¿y si no lo está? ¿Y si la pierdo para siempre? No puedo soportar la idea de no tenerla y menos ahora. La voy a necesitar más que nunca. Me muerdo las uñas como si me quedara ya algo que quitarme. Tengo las manos destrozadas.

Los ladridos de Nilo y Pelusa me indican que ya he llegado a su vivienda. Cruzo la verja y ahí está ella, esperándome con la puerta abierta, una taza de los Rolling Stones entre las manos y la bata de color fucsia que juraría que atesora desde que tengo uso de razón y sigue intacta a pesar del paso de los años. Su sonrisa me recibe como una de tantas veces.

—Anda, corre, quítate las zapatillas y pasa. —En su casa tienen una norma no escrita sobre no entrar con los

zapatos de la calle y me parece perfecto. Ojalá en la mía también lo hiciéramos así, pero cualquiera hace cambiar de opinión al testarudo de mi padre.

La obedezco y subimos a su habitación. Está sola, sus padres están trabajando, así que será más sencillo hablar sabiendo que nadie nos está escuchando. Se sienta en su cama moviendo la mano derecha sobre la colcha para que me coloque a su lado y dejando la taza encima de la mesita de noche.

—Cuéntame, querido mío —me dice.

Uf, allá voy. «Venga, Hugo, sin rodeos. Tú puedes», repito en mi cabeza. Suéltalo. No. No. No. ¿Cómo voy a soltarlo así, sin más? Se lo tendré que decir poco a poco, va a pensar que se me ha ido la cabeza por completo. Madre mía. ¿Estaré haciendo lo correcto? ¿Y si lo que estoy sintiendo es algo pasajero?

Un silencio incómodo revolotea a nuestro alrededor.

—Hey, tío, va. ¡Habla! —insiste.

—Bueno, verás, no sé cómo decirte esto, ni siquiera sé lo que me está pasando. Necesitaba exteriorizarlo de alguna manera y por eso he venido. —Me doy la vuelta, avergonzado, y me levanto.

Ando de un lado para otro, como cuando estás hablando por teléfono y pasas cien veces por el mismo punto por inercia y sin darte cuenta. Las lágrimas caen por mis mejillas y, de pronto, soy un río cargado de emociones.

—Eh, no llores, por favor. —Se incorpora y sigue mis pasos—. Sabes que puedes contar conmigo para lo que sea. —Me abraza y me rompo. Ojalá supiera lo importante y reconfortante que está siendo este achuchón.

Yo también la aprieto con fuerzas.

—Prométeme que después de lo que te voy a decir no dejarás de ser mi amiga —le pido.

Ella suelta una carcajada al aire tan fuerte que creo que han oído hasta los vecinos.

—Te estoy hablando en serio. Por favor, júrame ahora mismo que así será.

—Vale, pesado, te lo prometo —asegura—. Dispara ya, que me tienes en ascuas.

Y sin saber de qué manera, como un acto casi involuntario, mis labios se confiesan.

—Me siento chica. Me siento una mujer. Bueno, no me siento, lo soy. Sé que lo soy y siempre lo he sabido, siempre ha estado latente ese sentimiento, aunque nunca lo haya podido ver. O no lo haya querido ver. O al menos no con claridad. ¡Yo qué sé! No sé qué pensar ya. Perdona si no me explico bien. Estoy nervioso.

Muerdo mis uñas, arrancándome padrastrós sueltos, y me estremezco.

—Supongo que van pasando los días, monótonos, sin prestar demasiada atención a lo que sientes realmente, pero hay un instante en el que el cerebro hace clic y es ahí, en ese milisegundo, cuando sabes que ha llegado el momento de ser tú. De no esconderte más, de ser la persona con la que siempre has soñado, de no sentir vergüenza por lo que te ha tocado vivir y de poder mirarte al espejo y no darte asco. Es tan complicado, Aza, que ni siquiera sé expresarlo.

Hago una pausa y me planteo qué decir a continuación.

—Ser yo es una auténtica mierda. Y no me mires con esa cara, ni me levantes la ceja. Es verdad lo que estoy diciendo. Ningún humano en sus cabales querría vivir una vida como la mía. Llena de miedos e inseguridades. Estoy hasta arriba de dudas, pero no quiero tener cincuenta, sesenta o setenta años y darme cuenta de que nunca he podido ser yo. ¡De que nunca he podido ser feliz! Así que, si me equivoco, me levantaré. Y si me quiero rendir, quiero que tú estés ahí para recordarme lo que estoy soltando

por mi boca ahora mismo. Me ha costado tanto llegar hasta aquí que... uf... Sé que me queda mucho por aprender y que esto es solo el principio de un largo camino, de una carrera de fondo. Veo todo muy negro y me siento vulnerable, por eso, necesito ayuda y no conozco a una persona más indicada que tú para echarme un cable. —Trago saliva.

Soy consciente del discurso mañanero que me estoy marcando y de que mi amiga se lo está comiendo con patatas; sin embargo, ahora que he cogido ritmo no puedo parar, tengo tantas cosas que decir...

—Nací con pene, sí. Ahora bien, eso no significa que tenga que tenerlo toda mi vida. ¿O acaso no podemos modificar, a lo largo de nuestra existencia, otras partes de nuestro cuerpo también? ¿Cuántas personas se tiñen el pelo, se operan la nariz o se hacen tatuajes? Todos dieron por hecho que era un niño cuando me entregaron desnudo en los brazos de mi madre, pero lejos de esa realidad para muchos yo jamás he sentido eso que llaman masculinidad, por mucho que me quisieran poner pantalones, cortarme el pelo o apuntarme a fútbol, que ya ves tú que tendrá que ver.

Mi amiga asiente con los ojos empapados.

—Nunca he conseguido poner nombre a lo que me pasaba, pero unos vídeos de TikTok que vi hace unos meses hicieron saltar mis alarmas. Ahí me di cuenta de que hay más gente como yo y que es algo normal, un proceso por el que solo unos pocos pasamos, aunque no por ello hay que silenciarnos. —¿La persona que está hablando soy yo? Guau, qué fuerte. No sabía lo que tenía escondido dentro de mí—. Así que, bueno, ya lo he soltado. No sabes qué peso me he quitado de encima. —La desconfianza florece en el espacio que se me ha quedado vacío en el interior—. Y ahora es el momento en que me dices que nuestra amistad ha terminado, que no quieres verme más y yo me iré a

casa, a pasar una de las peores rachas de mi vida y arrepentirme de haber sido tan imbécil de contarte algo así.

La inquietud me araña las paredes del estómago, provocando retortijones. Creo que ella está flipando tanto que no tiene palabras, pero quiero una respuesta. Algo. Una frase. O si es mucho pedir, un monosílabo. Necesito escucharla después de la chapa y desmutear la habitación.

—Por favor, dime algo —le suplico mirándola.

Mi corazón va a mil por hora. Siento que en cualquier momento va a atravesar mi camiseta y voy a manchar todo de sangre. Si me midieran ahora mismo la frecuencia cardíaca podrían pasar dos cosas: que rompería el pulsómetro o que marcaría un récord Guinness. Solo tarda cinco segundos en contestar, pero a mí me parecen una eternidad. Al menos, sus ojos marrones clavados a los míos me transmiten serenidad.

—Para mí, tú siempre serás tú: lo que llevas dentro, cómo me tratas, los valores que tienes, tus sueños, lo mucho que me haces reír, nuestras tonterías y pasatiempos favoritos, tu fortaleza y lealtad, tus ganas de comerte el mundo... Cómo te vistas y muestres por fuera no determinará nunca quién eres, ni siquiera tus genitales. Piensas que eres tu físico y te equivocas. Eres mucho más, aquello que no se ve y que pocas personas son las afortunadas de disfrutar. Y qué bien poder ser una de ellas. —Desde luego se ha levantado más intensa que yo, y ya es decir—. Si crees, de verdad, todas esas chorradas que me acabas de decir entonces quizá sí debería replantearme nuestra amistad; pero mientras tanto, como creo que no son verdad, aquí he estado, estoy y estaré siempre. A tu lado, en las buenas y en las malas. —Me coge las manos con afecto—. Sé que vas a conseguir lo que te propongas y yo estaré orgullosa de verlo. Voy a ser tu flotador y no voy a permitir que te hundas, que lo sepas.

Y, por fin, el nudo se desata y respiro como hacía meses que no podía. Empiezo a fluir por dentro y una sonrisa aparece en mi rostro. Nos regalamos un te quiero bajito en el oído, de esos que acarician el corazón y se vuelven eternos. Quizá era esto todo lo que necesitaba: soltarlo y que alguien me escuchase. Hay veces que esperas que algo va a ser de una determinada manera y luego acaba siendo mil veces mejor de como lo habías imaginado. Qué fácil es la vida con ella.